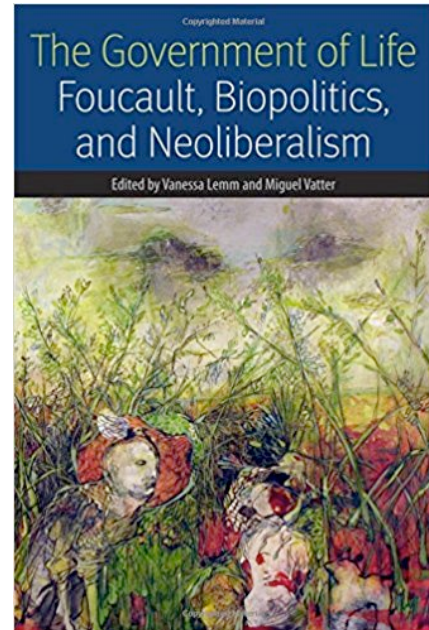


A vueltas con la biopolítica: Vanessa Lemm, Miguel Vatter (ed.), *The Government of Life: Foucault, Biopolitics and Neoliberalism*. Fordham University Press, New York, 2014. Por Claudia Delgado Caballero

En septiembre de 2008 tuvo lugar en Santiago de Chile, concretamente en la Universidad Diego Portales, un coloquio internacional sobre Michel Foucault. Dicho coloquio fue publicado dos años más tarde bajo el título *Michel Foucault: Biopolítica y Neoliberalismo*.

En 2014 aparece una nueva publicación, esta vez en inglés, resultado de aquel coloquio: *The Government of Life: Foucault, Biopolitics and Neoliberalism* (Edited by Vanessa Lemm and Miguel Vatter, 2014). La versión anglosajona, destinada a una mayor difusión, consta de algunas modificaciones con respecto a la versión española original. En primer lugar, de la treintena de conferencias que se impartieron en el coloquio de Chile, en este volumen sólo se incluyeron siete, que fueron sometidas a una posterior revisión por sus autores. Además, se añadieron cuatro artículos nuevos. En total, el libro está conformado por once capítulos, escritos por investigadores de distintas universidades de Australia, Francia, Italia y Alemania.

El tema central del libro es la noción de biopolítica en cuanto que constituye el marco de la llamada gubernamentalidad neoliberal. En este sentido, la obra se sitúa en las discusiones académicas generadas a raíz de la publicación póstuma de los cursos impartidos por Foucault en el Collège de France, en especial «El Nacimiento de la Biopolítica» (impartido en el curso 1978-1979), que no vio la luz hasta 2004. Para la mayoría de los autores del libro, la introducción por parte de Foucault de la noción de gubernamentalidad tiene como consecuencia un cambio de rumbo que sería en parte el responsable de la filosofía de la subjetividad del así llamado “último



Foucault". De este modo, aunque el objetivo de la obra sea fundamentalmente el de abordar las reflexiones de Foucault sobre el neoliberalismo, los autores se ven conducidos a posicionarse también en el debate respecto a la continuidad en la obra de Foucault.

La publicación de los cursos dio lugar a una interpretación rupturista de la filosofía de Foucault, según la cual éste habría abandonado el análisis post-estructuralista del poder que había emprendido a finales de los años 60, para dar paso a una filosofía de corte ético-estético centrada en la autenticidad del yo. Los autores de este libro se oponen frontalmente a este tipo de interpretaciones y defienden la existencia de una continuidad en la filosofía de Foucault, existiendo no obstante un cambio importante de enfoque en el análisis foucaultiano de la política y el poder. Dicho cambio se habría producido, según los defensores de esta interpretación, porque Foucault habría reparado en que su analítica del poder no permitía explicar la implantación de una nueva hegemonía neoliberal. En este sentido, el Foucault posterior a 1978 se habría aproximado teóricamente a los críticos postmarxistas del capitalismo tardío. No puede negarse empero que las diversas perspectivas que conforman este libro difieren en algunos puntos clave, como trataremos de ir desgranando a continuación.

En primer lugar, entre los autores del libro, no hay una visión homogénea de las nociones de biopolítica, biopoder y gubernamentalidad. Esta disparidad de perspectivas se debe en gran medida a la propia obra foucaultiana, ya que, por un lado, Foucault nunca dio una definición clara de estas nociones (lo que les confiere también su enorme versatilidad) y, por otro lado, parece claro que el uso por su parte de estos términos no fue del todo uniforme. Como señalan varios de los autores a lo largo del libro, el contenido del curso *El Nacimiento de la Biopolítica* tiene muy poco que ver con la problemática de la biopolítica tal como Foucault la había introducido en el primer tomo de la *Historia de la Sexualidad, La Voluntad de Saber* (1976). De hecho, en dicha obra, la biopolítica aparecía como una forma de poder análoga, a nivel macroscópico, del poder disciplinario sobre el cuerpo que había sido objeto de *Vigilar y Castigar* (1975). Ambas formas de poder conformaban el biopoder o poder sobre la vida, un paradigma que sucede históricamente al del poder soberano. Un año más

tarde de haber definido así el biopoder, en la primera lección de *Seguridad, Territorio, Población*, Foucault se desdice, aduciendo que lo que quería hacer, en realidad, era una historia de la gubernamentalidad, y que había llamado a eso biopoder «*un petit peu en l'air*»¹. De hecho, un año después, en el curso sobre la biopolítica, el término biopoder no aparece ni una sola vez.

En el segundo capítulo del libro que aquí nos ocupa, Melinda Cooper ofrece una explicación muy ilustradora de este aparente cambio de enfoque por parte de Foucault. De acuerdo con la autora, Foucault habría sido uno de los primeros pensadores en diagnosticar la emergencia del neoliberalismo. En el mismo año en que impartió el curso *El Nacimiento de la Biopolítica*, Margaret Thatcher fue elegida Primera Dama en Reino Unido y en Estados Unidos se adoptó una política monetarista, una serie de acontecimientos que habrían hecho a Foucault reparar en la aparición de un poder que escapaba a sus propias categorías de poder disciplinario y biopolítica, un poder que se arrogaba para sí la lucha contra la normalización – hasta entonces en manos de los movimientos de izquierda. En este sentido el viraje de Foucault respondería, según la autora, a la necesidad de renovar su analítica del poder. Si bien este diagnóstico resulta tremendamente sugerente, las conclusiones que extrae Cooper nos parecen quizás excesivas. De acuerdo con ella, Foucault termina por refugiarse en una filosofía premoderna inspirada en la revolución iraní, lo cual lo situaría en la estela de pensadores como Heidegger, Carl Schmitt y Nietzsche (en su versión más conservadora).

Por su parte, Roberto Nigro pretende ofrecer una explicación del silencio de Foucault durante los ocho años que pasaron hasta que publicó el segundo volumen de la *Historia de la Sexualidad, El Uso de los Placeres* (1984). Las razones de esta tardanza radican, según el autor, en un cambio en el posicionamiento político de Foucault. Durante este tiempo, Foucault se habría alejado de la izquierda revolucionaria, pasando de la concepción de la política entendida como lucha entre dos fuerzas opuestas que desarrolló en el curso *Hay que defender la sociedad* (1975-1976), a otra concepción en la que el tema de la lucha de clases y el tema del Estado

¹ Foucault, M. (2004). *Securité, Territoire, Population: Cours au Collège de France 1977-1978*. Paris: Seuil/Gallimard, p. 3.

pierden protagonismo. Es entonces cuando surge la temática de la gubernamentalidad neoliberal, una forma de gobierno que no busca limitar la libertad sino conducirla y cuya racionalidad reside en la economía capitalista.

A diferencia de Cooper y Nigro, Frédéric Gros defiende que las investigaciones de Foucault acerca de la conexión entre la biopolítica y el neoliberalismo no llegaron tan lejos como habrían podido. La razón, según Gros, es que para Foucault el actor principal de la biopolítica seguía siendo el Estado y sus instituciones, algo difícilmente compatible con la hegemonía liberal, definido precisamente como la gubernamentalidad del Estado débil. El autor propone ir más allá en el camino emprendido por Foucault, incorporando a la temática de la biopolítica cuestiones que tienen que ver con la globalización, en la que el control y la seguridad de la población exceden los límites del Estado-nación.

Junto a la cuestión de quién es el actor principal de la biopolítica, la otra cuestión que ayuda a definir el marco de la biopolítica es la del objeto sobre el que ésta se ejerce: la vida. De hecho, toda clase de poder tiene como objeto la vida. Recordemos que el biopoder se distingue del poder soberano no por ejercerse sobre un objeto distinto, sino por la manera de ejercerse sobre un mismo objeto: la vida. Mientras que el poder soberano es el poder de hacer morir y de dejar vivir, el biopoder es el poder hacer vivir y de dejar morir.

Ahora bien, ¿qué debe entenderse por «vida»? Esta cuestión inspira varios de los artículos del libro. Francesco Paolo Adorno, por ejemplo, adopta la lectura italiana de la vida en términos de nuda vida o de vida biológica. De ahí, extrae una idea de resistencia bastante original pero que encaja bien con algunos textos menos conocidos de Foucault sobre la muerte y el suicidio. Su argumentación procede como sigue. En aras de contribuir a la acumulación de riqueza, el biopoder busca conservar la vida y dirigir todos y cada uno de los aspectos de la misma. De este modo, la muerte constituye, de este modo, una forma de resistencia al biopoder. Elegir cómo y cuándo morir, entonces, sería el único reducto posible para la libertad individual.

Por su parte, Maria Muhle emprende un sendero poco transitado y, sin duda, muy sugerente, pues nos recuerda la deuda intelectual de Foucault con el vitalismo

de Canguilhem, lo que puede ofrecernos algunas pistas sobre la noción de vida que Foucault pudo tener en mente cuando acuñó la noción de biopoder. Canguilhem, siguiendo entre otros a Bichat, ofreció una visión de la vida como tensión dialéctica entre dos polos, el de la preservación y el de la creación. La creación de algo nuevo exige una desviación de la norma, de ahí que la anormalidad, la enfermedad o la muerte cobren un valor positivo en la obra de Canguilhem. Si bien Muhle insiste en que Foucault no pretendía, a diferencia de Canguilhem, pensar la dinámica vital, sino analizar por qué, en un momento histórico determinado, la vida comienza a ser objeto de una serie de saberes; no obstante, el presupuesto principal del capítulo es que la idea foucaultiana de biopoder es directamente heredera de la concepción canguilhemiana de la vida. Además, salvando las distancias, se podría decir que para Muhle el biopoder viene a ser el equivalente de la “forma objetiva” en la jerga del vitalismo decimonónico, ya que su hipótesis principal es que el biopoder consigue controlar la vida mimetizando la dinámica misma de la vida, tomándola como modelo operacional.

Es interesante leer el artículo de Maria Muhle en paralelo con el de Judith Revel porque ambas abordan el tema de la biopolítica desde presupuestos filosóficos muy diferentes y, sin embargo, comparten su rechazo a la lectura italiana de Foucault y algunas de las conclusiones a las que llegan son muy similares. Revel aborda la cuestión de la biopolítica desde la perspectiva de la deconstrucción, de ahí que su propósito consista en discutir aquella interpretación de la biopolítica que devuelve a nociones como vida, naturaleza e identidad su valor de cuasi-universales. La autora atribuye esta lectura a autores italianos como Agamben o Esposito que, con su reducción de la idea foucaultiana de vida a la nuda vida, instauran una nueva metafísica postmoderna. A lo largo del capítulo, Revel insiste en que el biopoder no se limita únicamente al control de la vida biológica sino de las vidas anónimas, de la cotidianidad de la vida y de los modos de vida. La autora reivindica una noción positiva de la biopolítica como afirmación del ser, en la que el poder sobre la vida viene siempre acompañado de nuevas formas de resistencia, una fuerza creativa esta vez no entendida en clave vitalista, como en el caso de Muhle, sino como aparición de nuevas subjetividades.

Otro autor que reivindica una noción positiva de la biopolítica es Miguel Vatter en su capítulo sobre Foucault y Hayek. En el artículo se defiende que existen dos paradigmas de la biopolítica estructuralmente muy similares pero que divergen respecto a lo que entienden por normas y por planificación. El primer paradigma, el de la biopolítica neoliberal, busca controlar y regular el mercado imponiendo una planificación puramente administrativa, basada en normas hechas por jueces que fundamentalmente señalan áreas de no intervención. Dichas normas pertenecen, según Vatter, al orden de la policía y no al de la política. En cambio, el segundo paradigma de la biopolítica buscaría planificar el mercado en conformidad con una organización política, entendida como un conjunto de leyes jurídicas – constitucionales– orientadas a un propósito común. Este segundo paradigma se diferencia, pues, del primero, en que la planificación de Estado es entendida como capacidad de auto-organización política de un pueblo, algo que, según el autor, lo asemeja a la idea de organismo defendida por autores vitalistas como Canguilhem. De este modo, Vatter nos ofrece una visión poco corriente de un Foucault republicano en sentido kantiano preocupado por devolver la independencia al orden jurídico –entendido como el conjunto de leyes que un pueblo se da a sí mismo–, reducido en el neoliberalismo al orden administrativo.

Por último, otro de los hilos conductores de la obra conjunta es el problema de la filosofía de la subjetividad del “último” Foucault. Como venimos anunciando, los autores del libro se oponen a la idea de que los últimos escritos de Foucault supongan un punto y aparte con respecto a su pensamiento político anterior. La sustitución de la noción de «poder» o «biopoder» por la noción de «gubernamentalidad» debe ser entendida como el intento, por parte de Foucault, de incorporar la subjetividad, que, hasta entonces, según sus críticos, no parecía tener cabida en la teoría foucaultiana del poder. En otras palabras, en sus últimos años, Foucault se habría consagrado a desarrollar la relación entre poder y resistencia, tomando esta vez como punto de partida del análisis del poder, no ya la dominación en sí misma, sino las formas de resistencia que se generan como reacción en cada una de las épocas de la historia de la gubernamentalidad.

Ahora bien, la subjetividad no debe ser, entonces, entendida como una categoría ontológica opuesta al poder, pues nuestra subjetividad individual y colectiva es, en principio, resultado de las técnicas de gobierno sobre la vida, esto es, está determinada por un presente histórico. No obstante, en la medida en que la crítica filosófica hace visibles esas determinaciones, poniendo en peligro –como señala Thomas Lemke en el tercer capítulo– la identidad de los sujetos individuales y colectivos, esa desubjetivación que es resultado de la crítica implica, a su vez, la construcción de nuevas subjetividades.

Es aquí donde se inscribe la cuestión de la estética de la existencia, una noción que Foucault acuña en los años 80. Simona Forti describe cómo, en el segundo volumen de la *Historia de la Sexualidad*, Foucault llama a desprenderse de aquellas maneras de ser que nos mantienen unidos a poderes a los que ya no queremos seguir obedeciendo. Para ello, es necesario emprender la tarea de dar un *ethos* o una forma a nuestra vida, conformando así nuestra propia estética de la existencia o, dicho de un modo más profano, nuestro propio modo de vida. Para ilustrar esta noción de «modo de vida», Judith Revel recurre al ejemplo del movimiento gay. En este sentido, el «modo de vida» constituiría una ética y una cultura compartidas por individuos muy diferentes entre sí. La constitución de un nuevo modo de vida común construido sobre las diferencias individuales sería, además, un motor de resistencia a la objetivación, lo que lo convertiría en un acto no únicamente ético, como algunos habían defendido, sino plenamente político.

Forti recuerda que en sus últimas lecciones Foucault distinguió, siguiendo a Sócrates, dos maneras de devenir sujeto. El primero es el camino defendido por Platón y los pitagóricos y que consiste en tratar de acercarse cada vez más a la pureza y a la eternidad. El segundo es el camino de la parresia o del hablar franco, que consiste en tener el coraje de decir la verdad o, dicho de otro modo, de mantener un discurso que se ejemplifique con la propia vida. La parresia es definida por Forti como un modo de constitución anárquico del yo, un yo que a pesar de estar intentando constantemente resistir a la presión de la unificación, sigue relacionándose con su presente.

En el capítulo que cierra el libro, Vanessa Lemm nos presenta una imagen muy interesante de la idea de Foucault de la filosofía como forma de vida tal como la encarnaban los cínicos en la Antigüedad. Los cínicos ofrecen una alternativa a la filosofía platónico-socrática, en la que el filósofo conduce o guía a los demás hacia la verdad y la pureza. Paradójicamente, los cínicos, queriendo observar estrictamente el principio de la parresia propio de la vida pública en la polis, terminan por quedar excluidos de la misma. La hipótesis de la autora es que la mirada hacia los cínicos nos permite intuir un modo de vida que, en el terreno filosófico, rompe con la inmunidad de la verdad y, en el terreno político, establece un verdadero cosmopolitismo porque rompe la inmunidad de la polis con respecto al extranjero.

El libro ofrece, como hemos tratado de mostrar, una pintura muy compleja y con muchos matices de la obra de Michel Foucault. Su enfoque está muy lejos de ser unitario, lo que le confiere justamente su valor, valor apreciable tanto para el conocedor de los textos de Foucault como para aquel que se inicie en la lectura de su obra. Tarea del lector será juzgar los presupuestos que fundamentan cada una de las interpretaciones que se ofrecen en el libro y decidir qué versión de Foucault le parece la más convincente.